
ACTO SEGUNDO.

ESCENA I.*(Teatro obscuro.)*

DOÑA FRANCISCA.

Nadie parece aún..... *(Acércase á la puerta del foro y vuelve.)* ¡Qué impaciencia tengo!.... Y dice mi madre que soy una simple, que solo pienso en jugar y reír, y que no sé lo que es amor..... Sí, diez y siete años y no cumplidos; pero ya sé lo que es querer bien, y la inquietud y las lágrimas que cuesta.

ESCENA II.

DOÑA IRENE. DOÑA FRANCISCA.

DOÑA IRENE.

Sola y á obscuras me habeis dejado alli.

DOÑA FRANCISCA.

Como estaba usted acabando su carta, mamá, por no estorbarla me he venido aqui, que esta mucho mas fresco.

DOÑA IRENE.

¿Pero aquella muchacha que hace, que no trae una luz? Para cualquiera cosa se está un año.... Y yo que tengo un genio como una pólvora.... *(Siéntase.)* Sea todo por Dios..... ¿Y Don Diego no ha venido?

DOÑA FRANCISCA.

Me parece que no.

DOÑA IRENE.

Pues cuenta, niña, con lo que te he dicho ya. Y mira que no gusto de repetir una cosa dos veces. Este caballero está sentido, y con muchísima razon.....

DOÑA FRANCISCA.

Bien, sí señora, ya lo sé. No me riña usted mas.

DOÑA IRENE.

No es esto reñirte, hija mia, esto es aconse-
TOMO II. 46

jarte. Porque como tú no tienes conocimiento para considerar el bien que se nos ha entrado por las puertas. Y lo atrasada que me coje, que yo no sé lo que hubiera sido de tu pobre madre. Siempre cayendo y levantando. Médicos, botica. Que se dejaba pedir aquel caribe de Don Bruno (Dios le haya coronado de gloria) los veinte y los treinta reales por cada papelillo de píldoras de coloquintida y asafétida. Mira que un casamiento como el que vas á hacer, muy pocas le consiguen. Bien que á las oraciones de tus tías, que son unas bienaventuradas, debemos agradecer esta fortuna, y no á tus méritos ni á mi diligencia. ¿Qué dices?

DOÑA FRANCISCA.

Yo nada, mamá.

DOÑA IRENE.

Pues, nunca dices nada. ¡Válgame Dios, señor! En hablándote de esto, no te ocurre nada que decir.

ESCENA III.

RITA. (*Sale por la puerta del foro con luces y las pone encima de la mesa.*) DOÑA IRENE. DOÑA FRANCISCA.

DOÑA IRENE.

Vaya, muger, yo pensé que en toda la noche no venias.

RITA.

Señora, he tardado porque han temido que ir á comprar las velas. Como el tufo del velon le hace á usted tanto daño.

DOÑA IRENE.

Seguro que me hace muchísimo mal, con esta jaqueca que padezco. Los parches de alcanfor al cabo tuve que quitármelos; si no me sirvieron de nada. Con las obleas me parece que me va mejor. Mira, deja una luz ahí y llévate la otra á mi cuarto, y corre la cortina, no se me llene todo de mosquitos.

RITA.

Muy bien.

(*Toma una luz y hace que se va.*)

DOÑA FRANCISCA.

(Aparte á Rita. ¿No ha venido?)

RITA.

Vendrá.

DOÑA IRENE.

Oyes, aquella carta que está sobre la mesa, dásela al mozo de la posada para que la lleve al instante al correo. . . . *(Vase Rita al cuarto de Doña Irene.)* Y tú, niña, ¿qué has de cenar? Porque será menester recogernos presto para salir mañana de madrugada.

DOÑA FRANCISCA.

Como las monjas me hicieron merendar. . . .

DOÑA IRENE.

Con todo eso. . . . Siquiera unas sopas del puchero para el abrigo del estómago. . . . *(Sale Rita con una carta en la mano, y hasta el fin de la escena hace que se va y vuelve, según lo indica el diálogo.)* Mira, has de calentar el caldo que apartamos al mediodía, y haznos un par de tazas de sopas, y tráetelas luego que esten.

RITA.

¿Y nada mas?

DOÑA IRENE.

No, nada mas. . . . ¡Ah! y házmelas bien caldositas.

RITA.

Sí, ya lo sé.

DOÑA IRENE.

Rita.

RITA.

Otra. ¿Qué manda usted?

DOÑA IRENE.

Encarga mucho al mozo que lleve la carta al instante. . . . Pero, no señor, mejor es. . . . No quiero que la lleve él, que son unos borrachones, que no se les puede. . . . Has de decir á Simón, que digo yo, que me haga el gusto de echarla en el correo. ¿Lo entiendes?

RITA.

Sí señora.

DOÑA IRENE.

¡Ah! mira.

RITA.

Otra.

DOÑA IRENE.

Bien que ahora no corre prisa. . . . Es menester que luego me saques de ahí al tordo y

colgarle por aqui, de modo que no se caiga y se me lastime.... *(Vase Rita por la puerta del foro.)* ¡Qué noche tan mala me dió!.... ¡Pues no se estuvo el animal toda la noche de Dios cantando el Malbruc y la Jota!.... Ello por otra parte divertia, cierto.... Pero cuando se trata de dormir....

ESCENA IV.

DOÑA IRENE. DOÑA FRANCISCA.

DOÑA IRENE.

Pues mucho será que Don Diego no haya tenido algun encuentro por ahí y eso le detenga. Cierto que es un señor muy mirado, muy puntual.... ¡Tan buen cristiano! ¡Tan atento! ¡Tan bien hablado! ¡Y con qué garbo y generosidad se porta!.... Ya se ve, un sugeto de bienes y de posibles.... ¡Y qué casa tiene! Como un ascua de oro la tiene.... Es mucho aquello. ¡Qué ropa blanca! ¡Qué batería de cocina! ¡Y qué despensa, llena de cuanto Dios crió!.... Pero tú no parece que atiendes á lo que estoy diciendo.

DOÑA FRANCISCA.

Si señora, bien lo oigo, pero no la queria interrumpir á usted.

DOÑA IRENE.

Alli estarás, hija mia, como el pez en el agua: pajaritas del aire que apeticieras, las tendrías, porque como él te quiere tanto, y es un caballero tan de bien y tan temeroso de Dios.... Pero mira, Francisquita, que me cansa de veras el que siempre que te hablo de esto, hayas dado en la flor de no responderme palabra.... ¡Pues no es cosa particular, señor!

DOÑA FRANCISCA.

Mamá, no se enfade usted.

DOÑA IRENE.

¡No es buen empeño de....! ¡Y te parece á ti que no sé yo muy bien de dónde viene todo eso?...! ¡No ves que conozco las locuras que se te han metido en esa cabeza de chorlito?... Perdoneme Dios.

DOÑA FRANCISCA.

Pero.... ¡Pues qué sabe usted?

DOÑA IRENE.

¡Me quieres engañar á mí, eh? ¡Ay hija! He vivido mucho, y tengo yo mucha trastienda y mucha penetracion para que tú me engañes.

DOÑA FRANCISCA.

(Aparte. ¡Perdida soy!)

DOÑA IRENE.

Sin contar con su madre..... Como si tal madre no tuviera..... Yo te aseguro, que aunque no hubiera sido con esta ocasion, de todos modos era ya necesario sacarte del convento. Aunque hubiera tenido que ir á pie y sola por ese camino, te hubiera sacado de allí..... ¡Mire usted qué juicio de niña este! Que, porque ha vivido un poco de tiempo entre monjas, ya se la puso en la cabeza el ser ella monja tambien..... Ni qué entiende ella de eso, ni qué..... En todos los estados se sirve á Dios, Frazquita, pero el complacer á su madre, asistirle, acompañarla y ser el consuelo de sus trabajos, esa es la primera obligacion de una hija obediente. Y sépalo usted, si no lo sabe.

DOÑA FRANCISCA.

Es verdad, mamá..... Pero yo nunca he pensado abandonarla á usted.

DOÑA IRENE.

Sí, que no sé yo.....

DOÑA FRANCISCA.

No señora. Créame usted. La Paquita nunca se apartará de su madre, ni la dará disgustos.

DOÑA IRENE.

Mira si es cierto lo que dices.

DOÑA FRANCISCA.

Sí señora, que yo no sé mentir.

DOÑA IRENE.

Pues hija, ya sabes lo que te he dicho. Ya ves lo que pierdes, y la pesadumbre que me darás si no te portas en un todo como corresponde..... Cuidado con ello.

DOÑA FRANCISCA.

(Aparte. ¡Pobre de mí!)

ESCENA V.

D. DIEGO. *(Sale por la puerta del foro, y deja sobre la mesa sombrero y baston.)* DOÑA IRENE. DOÑA FRANCISCA.

DOÑA IRENE.

¿Pues cómo tan tarde?

D. DIEGO.

Apenas salí, tropecé con el rector de Málaga y el doctor Padilla, y hasta que me han hartado bien de chocolate y bollos no me han querido soltar..... (Siéntase junto á Doña Irene.) Y á todo esto, ¿cómo va?

DOÑA IRENE.

Muy bien.

D. DIEGO.

¿Y Doña Paquita?

DOÑA IRENE.

Doña Paquita siempre acordándose de sus monjas. Ya la digo que es tiempo de mudar de bisiesto, y pensar solo en dar gusto á su madre y obedecerla.

D. DIEGO.

¿Qué diantre! ¿Con que tanto se acuerda de.....

DOÑA IRENE.

¿Qué se admira usted? Son niñas..... No saben lo que quieren, ni lo que aborrecen..... En una edad, así tan.....

D. DIEGO.

No, poco á poco, eso no. Precisamente en

esa edad son las pasiones algo mas enérgicas y decisivas que en la nuestra; y por cuanto la razon se halla todavía imperfecta y débil, los ímpetus del corazon son mucho mas violentos..... (Asiéndole de una mano á Doña Francisca la hace sentar inmediata á él.) Pero de veras, Doña Paquita, ¿se volveria usted al convento de buena gana?.... La verdad.

DOÑA IRENE.

Pero si ella no.....

D. DIEGO.

Déjela usted, señora, que ella responderá.

DOÑA FRANCISCA.

Bien sabe usted lo que acabo de decirle..... No permita Dios que yo la dé que sentir.

D. DIEGO.

Pero eso lo dice usted tan afligida y.....

DOÑA IRENE.

Si es natural, señor. ¿No ve usted que.....

D. DIEGO.

Calle usted por Dios, Doña Irene, y no me

diga usted á mí lo que es natural. Lo que es natural es que la chica esté llena de miedo, y no se atreva á decir una palabra que se oponga á lo que su madre quiere que diga. Pero si esto hubiese, por vida mia, que estábamos lucidos.

DOÑA FRANCISCA.

No señor, lo que dice su merced, eso digo yo, lo mismo. Porque en todo lo que me manda la obedeceré.

D. DIEGO.

¡Mandar, hija mía!... En estas materias tan delicadas, los padres que tienen juicio no mandan. Insinúan, proponen, aconsejan; eso sí, todo eso sí; pero mandar!... ¿Y quién ha de evitar despues las resultas funestas de lo que mandaron?... ¿Pues cuántas veces vemos matrimonios infelices, uniones monstruosas, verificadas solamente porque un padre tonto se metió á mandar lo que no debiera?... Eh! No señor, eso no va bien.... Mire usted, Doña Paquita, yo no soy de aquellos hombres que se disimulan los defectos. Yo sé que ni mi figura, ni mi edad son para enamorar perdidamente á nadie; pero tampoco he creído imposible que una muchacha de juicio y bien criada, llegase á quererme con

aquel amor tranquilo y constante que tanto se parece á la amistad, y es el único que puede hacer los matrimonios felices. Para conseguirlo, no he ido á buscar ninguna hija de familia de estas que viven en una decente libertad.... Decente: que yo no culpó lo que no se opone al egercicio de la virtud. ¿Pero cuál sería entre todas ellas la que no estuviese ya prevenida en favor de otro amante mas apetecible que yo? Y en Madrid, fíguése usted en un Madrid.... Lleno de estas ideas, me pareció que tal vez hallaria en usted todo cuanto yo deseaba.

DOÑA IRENE.

Y puede usted creer, señor Don Diego, que....

D. DIEGO.

Voy á acabar, señora, déjeme usted acabar. Yo me hago cargo, querida Paquita, de lo que habrán influido en una niña tan bien inclinada como usted las santas costumbres que ha visto practicar en aquel inocente asilo de la devocion y la virtud; pero si á pesar de todo esto la imaginacion acalorada, las circunstancias imprevistas la hubiesen hecho elegir sugeto mas digno, sepa usted que yo no quiero nada con violencia. Yo

soy ingenuo: mi corazón y mi lengua no se contradicen jamás. Esto mismo la pido á usted, Paquita, sinceridad. El cariño que á usted la tengo no la debe hacer infeliz. Su madre de usted no es capaz de querer una injusticia, y sabe muy bien que á nadie se le hace dichoso por fuerza. Si usted no halla en mí prendas que la inclinen, si siente algún otro cuidadillo en su corazón, créame usted, la menor disimulación en esto nos daría á todos muchísimo que sentir.

DOÑA IRENE.

¿Puedo hablar ya, señor?

D. DIEGO.

Ella, ella debe hablar, y sin apuntador, y sin intérprete.

DOÑA IRENE.

Cuando yo se lo mande.

D. DIEGO.

Pues ya puede usted mandárselo, porque á ella la toca responder. . . . Con ella he de casarme, con usted no.

DOÑA IRENE.

Yo creo, señor Don Diego, que ni con ella

ni conmigo. ¿En qué concepto nos tiene usted! . . . Bien dice su padrino, y bien claro me lo escribió pocos días há, cuando le di parte de este casamiento. Que aunque no la ha vuelto á ver desde que la tuvo en la pila, la quiere muchísimo; y á cuantos pasan por el Burgo de Osma les pregunta cómo está, y continuamente nos envía memorias con el ordinario.

D. DIEGO.

Y bien, señora, ¿qué escribió el padrino? . . . O por mejor decir, ¿qué tiene que ver nada de eso con lo que estamos hablando?

DOÑA IRENE.

Sí señor que tiene que ver, sí señor. Y aunque yo lo diga, le aseguro á usted que ni un memorialista práctico hubiera puesto una carta mejor que la que él me envió sobre el matrimonio de la niña. . . . Y no es ningún catedrático, ni bachiller, ni nada de eso; sino un cualquiera, como quien dice, un hombre de capa y espada con un empleillo infeliz en el ramo del viento, que apenas le da para comer. . . . Pero es muy ladino, y sabe de todo, y tiene una labia, y escribe que da gusto. . . . Casi toda la carta venía